



Tras un año de guerra en Ucrania: democracia *versus* autocracia

di Artemi Rallo Lombarte*

El transcurso de más de un año desde la invasión de Ucrania por la Rusia de Putin obliga a realizar una evaluación sobre su impacto en el mundo contemporáneo. El mundo ha conocido tres grandes convulsiones en el corto espacio de dos décadas desde que arrancará este tercer milenio: la gran crisis económica iniciada en 2008, la inimaginable crisis sanitaria de 2020-2022 y, finalmente, la crisis militar provocada por la invasión de Ucrania en 2022 que ha generado una convulsión en la geopolítica global sin precedentes desde la II Guerra Mundial.

La primera mitad del siglo XX puso al límite la capacidad autodestructiva de la humanidad pero, al mismo tiempo, alumbró una era de paz global (no exenta de episodios bélicos regionales y de tensiones globales de magnitud máxima) desconocida a lo largo de la historia y asentada sobre un sensible y delicado juego de equilibrios geopolíticos. La arquitectura de la gobernanza global era ostensiblemente débil y manifiestamente mejorable pero sirvió, vistos los resultados, durante medio siglo a sus fines de paz y orden mundial. Los organismos militares regionales y la estructura representativa de Naciones Unidas no crearon una gobernanza efectiva pero sí generaron un sistema de equilibrios que permitieron disfrutar un periodo de paz inédito en la Historia. Equilibrios que aparentaron dejar de ser necesarios cuando acabó la guerra fría y el sistema de bloques dio paso al denominando fin de la historia protagonizado por la

* Catedrático de Derecho Constitucional; Senador.



globalización. El supuesto fin de las ideologías y el triunfo del modelo económico liberal capitalista se generalizó sumando países con tradiciones bien diferentes (los del antiguo Pacto de Varsovia, China, etc.). Todo parecía indicar que el siglo XXI protagonizaría una etapa de paz, progreso y bienestar sin turbulencias políticas significativas al haberse generalizado una aparente hegemonía de la democracia como sistema de gobierno común del planeta (con la significativa excepción de China y algunas otras autocracias). Desgraciadamente, se trataba de un espejismo que encubría los riesgos que hoy amenazan la coexistencia pacífica de la humanidad quebrada con la invasión de Ucrania por Rusia.

Tras la caída del muro de Berlín, las democracias liberales occidentales se vieron victoriosas en el combate ideológico mantenido con los sistemas políticos alumbrados al amparo de la ideología emanada de la Revolución soviética de 1917 y creyeron inopinado, inevitable e irreductible el viaje de estos países hacia un homologado modelo de gobernanza democrático a partir de sus propias singularidades y tradiciones. Pero lo cierto es que no ocurrió así y las antiguas repúblicas comunistas recorrieron un camino bien desigual en la evolución de su forma de gobierno sin que quepa calificar a bastantes de ellas a fecha de hoy como homologadas democracias liberales y representativas. Más bien al contrario, algunos de estos países aparentan meros remedos de auténticas democracias. La Federación Rusa ofrece un ejemplo paradigmático.

El funcionamiento del sistema político ruso dista mucho de poder ser calificado como democrático y adolece de unos vicios de funcionamiento que lo colocan en el polo opuesto de las autocracias: vulneración de la libertad de prensa y del pluralismo informativo; persecución de periodistas, de opositores políticos y ataque al pluralismo político; represión de la diversidad sexual y de la libertad de conciencia; utilización de las estructuras religiosas para adoctrinar en beneficio del partido dominante; alternancia ficticia en el gobierno para burlar las reglas constitucionales que proscriben la renovación de mandatos. La intervención en el Parlamento Europeo el pasado 21 de marzo de Dmitry Muratov, editor del



diario ruso Novaja Gazeta y Premio Nobel de la Paz de 2021, da buena cuenta de esta permanente conculcación de los valores democráticos básicos. La concentración del poder no solo es política sino también económica. Las autocracias políticas van acompañadas de oligarquías económicas y la sombra de la corrupción tanto política como económica extiende un manto de sospecha sobre el funcionamiento de las instituciones políticas y del propio sistema económico.

Este panorama se fue gestando durante las últimas tres décadas. El arrumbamiento de las rígidas estructuras políticas y económicas de la antigua URSS dio paso a una versión poco avanzada y nada atemperada del sistema capitalista y del liberalismo político. La ausencia de estructuras de vertebración de la sociedad civil y la corrupción económica ha dado paso a una autocracia sustentada en un carisma personal deudor, en gran medida, de la represión de la prensa opositora y de la utilización de los medios de comunicación en beneficio de la propia imagen personal y de la manipulación informativa. Modelo que resulta igualmente propio de otras antiguas repúblicas soviéticas.

El mundo occidental hizo la vista gorda a esta incipiente realidad de finales del siglo pasado. Los líderes de las democracias occidentales escondieron la cabeza como el avestruz cuando empezaron a percibirse los primeros riesgos para la estabilidad y la seguridad regional al consumarse la parcial ocupación de territorios ajenos o cuando se hizo evidente el intento ruso de manipular los procesos electorales de los sistemas democráticos occidentales a través de Internet. Nadie alcanzó a percibir el efecto exacto e impacto general de estas primeras intentonas. Los intereses económicos (básicamente, focalizados en lo energético) se antepusieron a cualquier otra percepción valorativa sobre el devenir institucional de aparentes democracias formales que actuaban como auténticas autocracias reales.

Los populismos neofascistas que han proliferado y gobernado en las últimas décadas en naciones relevantes como Estados Unidos, Reino Unido o Brasil se



convirtieron en auténticos aliados en el ascenso, consolidación y consagración de autócratas como Putin. La ideología de extrema derecha emergente en la mayoría de países europeos, aunque sea todavía con carácter minoritario, y los fenómenos secesionistas han buscado y encontrado el apoyo cómplice en la autocracia rusa de Putin. La expresa alianza Putin-Trump, las simpatías recíprocas e indisimuladas entre Putin y Berlusconi, la producción brasileña de la vacuna rusa anticovid, el fichaje del ex Canciller Schröder por la gasista pública rusa Gazprom o los contactos del independentismo catalán con las estructuras dirigentes rusas son ejemplos palmarios de la convivencia y la connivencia con la que el mundo occidental ha compartido y consentido la deriva autoritaria de la pseudo democracia rusa regentada por Putin.

En este contexto evolutivo no es difícil entender por qué las autocracias latentes, con la Rusia de Putin a la cabeza, han emergido con fuerza con la guerra de Ucrania que es mucho más que una disputa territorial aunque aparente lo contrario. De nuevo, se trata de la confrontación entre dos modelos antagónicos de gobernanza: democracia *versus* autocracia.

El conflicto territorial o de seguridad constituye una mera excusa. Putin ha enarbolado la bandera de la seguridad propia para legitimar su activismo militar y la ocupación de territorios pertenecientes a algunas de las antiguas repúblicas soviéticas como Osetia del Sur en Georgia o Crimea en Ucrania; países que habían mostrado en interés de su seguridad e integridad territorial su voluntad de incorporarse a la OTAN. Al tiempo que ha amenazado a otros territorios fronterizos como Finlandia o las Repúblicas Bálticas. La preocupación de Putin por la seguridad de Rusia es una burda manipulación falsaria por cuanto nadie tiene duda alguna de que, a diferencia de lo ocurrido a contrario, ninguno de los países referidos alberga ambición o pretensión alguna de amenazar la integridad territorial de Rusia y menos aún las naciones que integran el grupo de las democracias más solventes y reconocidas.



Las autocracias necesitan siempre del enemigo exterior para cohesionar sus apoyos internos y legitimar su acción a falta de un proceso real (y no meramente formal) de formación de la voluntad democrática que conecte ciudadanía y poder. La guerra de Ucrania – o antes la ocupación de parte de Georgia – constituye un burdo ejemplo de manipulación que podría encontrarse en las primeras líneas del manual del autócrata populista o fascista – la búsqueda del “espacio vital” nazi sería la otra cara de la misma moneda. Pero Rusia no necesita ni territorios ni las materias primas que en ellos pudieran encontrarse. Rusia está sobrada de “espacio vital” y de recursos naturales para cualquier proyecto de transformación que pretenda. Por ello resulta inexorable constatar que la respuesta al por qué de la invasión de Ucrania no se halla en esas coordenadas sino en desviar la atención para procurar la incuestionada legitimidad del statu quo de su modo totalitario de gobernanza política.

Un año de guerra en Ucrania nos ha enseñado que este conflicto aparentemente territorial está siendo protagonizado, por un lado, por las democracias occidentales y, por otro, por un sistema autocrático que cuenta con la connivencia y/o complacencia de otros sistemas de naturaleza similar (China, Bielorrusia, ...). No se trata de mera coincidencia o casualidad que en cada uno de los extremos se encuentren las democracias en conflicto frente a autocracias de variada naturaleza pero caracterizada por un rasgo común: la ausencia de un proceso de formación de la voluntad pública realmente democrático. La guerra de Ucrania ha servido para despejar el potencial cuestionamiento de estas falsas gobernanzas democráticas.

Dos son los interrogantes que este escenario alumbra: ¿resulta inevitable de presente y futuro la existencia de regímenes autocráticos que, adicionalmente, ponen en riesgo la coexistencia pacífica del orden mundial? ¿las democracias occidentales tienen el deber de impulsar la superación de esta gobernanza perturbadora y de promover un orden global sustentado irrenunciablemente en valores democráticos? La respuesta afirmativa a esta última cuestión obliga a



revisar las estructuras de las organizaciones internacionales que han regido el planeta desde la última Gran Guerra. Los instrumentos internacionales no solo acusan un agotamiento en la resistencia de los materiales con que se construyeron sino que su legitimación queda bajo mínimos cuando la realidad mundial recorre el camino opuesto a la paz y al progreso de los valores democráticos.

Las democracias ostentan una superioridad ética que las obliga a confrontar y perseguir la generalización de sus valores entre las naciones que siguen sometidas a la voluntad de líderes carentes de legitimidad democrática. Los principios democráticos constituyen la única base irrenunciable sobre la que asentar la gobernanza mundial. Ciertamente, la invasión de Ucrania ha supuesto un retroceso significativo en el viaje hacia ese horizonte democrático global. El cuestionamiento de la presencia de Rusia en diversos foros internacionales y/o supranacionales y, en particular, la propia exclusión del Consejo de Europa supone un mensaje letal para los objetivos referidos. La lenta pero progresiva incorporación de multitud de países ajenos a la tradición democrática liberal a estos foros multilaterales de preeminencia y exigencia de los estándares democráticos constituía una conquista exitosa de la bandera democrática. La exclusión – voluntaria o impuesta – va en la dirección opuesta. Resulta evidente que atentar flagrantemente contra los derechos humanos resulta inexorablemente incompatible con la presencia en la comunidad de países democráticas. No pueden sentarse en la misma mesa quienes defienden el valor superior de la vida y la dignidad humana con quienes la conculcan vilmente. El lugar de los genocidas del mundo no puede ser otro que el banquillo de los acusados de la Corte Penal Internacional.

Pero la humanidad no puede renunciar a la generalización del paradigma democrático y a la proscripción de las autocracias. El gran reto de los países democráticos que hoy combaten en suelo ucraniano la autocracia rusa personificada en Putin reside en crear las bases para el avance de los estándares democráticos frente a las pulsiones populistas y totalitarias. Un reto difícil y



complejo que no se alcanzará con ejercicio de ingeniería democrático-formal y que requerirá una notable transformación de los estándares económicos y sociales que amparan oligarquías económicas y autocracias políticas mediante la colonización de todos los ámbitos de influencia social y económica.

Las democracias occidentales han demostrado estar a la altura de los tiempos para encarar la respuesta a la invasión de Ucrania. Los países democráticos han mostrado desde el primer día una cohesión en fines y medios digna de reconocimiento y encomio. Resultaría igualmente deseable que todos ellos muestren igual disposición para afrontar el día después del fin de la guerra y de sus impredecibles efectos en la geopolítica global y en el devenir de las sociedades y de los sistemas políticos involucrados directamente en el conflicto. Reformular los instrumentos internacionales para dar un salto significativo y alternativo en la gobernanza global hacia el triunfo inequívoco del paradigma democrático sería un objetivo tan ambicioso como deseable. El futuro de la humanidad y de sus objetivos irrenunciables de salvaguarda de los derechos humanos requiere huir del conformismo o de la indolencia que acompaña la creencia del éxito de los valores propios.

No existe avance democrático irreversible. Esa es la lección que debemos siempre tener muy presente. La democracia en un paradigma que debe ser permanentemente reivindicado y conquistado. Los enemigos de la humanidad son los enemigos de la democracia.